



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO.

NUESTRAS ACTRICES



Discreta, elegante, hermosa
y actriz de mucho valer,
la Abril es una mujer
que vale cualquiera cosa.

Pilla

lit. Desengano. 14. Madrid.

SUMARIO

TEXTO: Advertencia — De todo un poco, por Eduardo de Palacio. — Amor musical, por Juan Martínez Villergas. — Ni entro ni salgo, por Constantino Gil. — La *Rigolade* literaria, por Clarín. — ¡¡Agua va!!!, por Vital Aza. — A Madrid me vuelvo, por Sinesio Delgado. — Las niferas guapas, por Manuel Matosés. — Décimas epigramáticas, por R. Blanco Asenjo. — Epigramas, por Anónimo. — ¿Qué tomaré?, por J. García Rubio. — ¡Allá voy yo!, por J. Jackson Veyán. — Miga y corteza, por Juan Pérez Zúñiga. — Necesito un charlatán, por E. Navarro Gonzalvo. — Epitafios, por Carlos Díaz Dufó. — El Tenorio callejero, por Eduardo S. Hermúa. — Artículo de actualidad, por Mariano Guillén. — Epigramas, por Tomás Agüero. — El pro y el contra, por Justino Velasco. — Ante la cárcel modelo, por R. Quintero. — Chismes y cuentos. — Soirée. — Anuncios.

GRABADOS: Dolores Abril. — Tipos — ¡Al santo! — El invierno que se acaba. — El verano que empieza, por Cilla.

ADVERTENCIA.

El presente número, de doble tamaño que los ordinarios, se venderá en España y sus Indias á dobles precios.

Número atrasado, una peseta.

EL ADMINISTRADOR.

DE TODO UN POCO

Esta revista, ó lo que fuere, debiera empezar con esta aclamación: ¡Viva Lucinda Simoes de Furtado Coelho!

Es la heroína de nuestros días.

Ella y el Sr. Abascal comparten el interés público.

Confesemos, sin agravio del exalcalde primero de esta edad de piedra, que Lucinda le aventaja en hermosura.

En *Dalila* ha conseguido la actriz portuguesa un nuevo triunfo.

Beatriz Rente es una artista simpática, muy celebrada por su ingenio, y que disfruta en Portugal justísimas simpatías.

Polo es un actor notable.

Su aspecto es de Ministro de Hacienda conservador-liberal, pero con más arte.

Pero no se agraven nuestros actores porque me ocupe de los actores portugueses.

Aquí *les* tenemos también, pero no *les* usamos—como decía el alcalde de un pueblo de Castilla la Vieja;—es decir, no *les* reunimos.

¡Qué cuadros tan completos y tan hermosos pudiéramos formar con Teodora Lamadrid, Mendoza Tenorio, Contre-ras, Hijosa, Valverde, María Alvarez Tubau, Guerra y otras; y con Valero, Calvo (Rafael y Ricardo), Catalina, Jiménez, Fernández, Zamacois, Riquelme, Castilla, Romea y otros actores justamente aplaudidos!

¡Qué compañías cómico-líricas!

Pero no es posible: aquí á nadie, empezando por los autores y por los actores, importa la salvación del teatro español.

En la lista de festejos que preparamos ó preparan con el fin de manifestar nuestras ó sus simpatías á los Reyes de Portugal, he visto que se dispondrá una función en el teatro de la Ópera.

Pero una función lírica italiana.

En el Teatro Español, nada; en el de la Zarzuela, nada.

Ni la Diputación ni el Municipio de Madrid se ocupan en semejantes frioleras.

Suprimido el cante flamenco, no podremos ofrecer á los Monarcas lusitanos ni siquiera una muestra de nuestra literatura patria, ni del estado del arte musical en España.

Por fortuna, la empresa de la Plaza de Toros se encargará de llenar este *vacío*, disponiendo una corrida con caballeros en plaza ó en callejuela, toreros con sombrero de tres picos y otros divertimientos de puntas.

Este afecto á nuestra literatura y á nuestras artes, que demuestran constantemente las administraciones sucesivas que *nos han ido* pasando, producen en el extranjero el efecto apetecido.

Preguntando á un periodista francés muy conocido, un escritor español:

—¿Qué autores españoles conoce V.?

Respondió:

—He leído poco de ese país y de Marruecos; pero he oído hablar con elogio del Padre Salvador Sánchez y de Fray Rafael Molina.

—Pues no le falta á V. más que leer la colección de discursos del Sr. Zoilo, y las obras poéticas de monseñor Elorza.

Sin embargo, no faltarán fiestas en Madrid para solemnizar la venida de los regios huéspedes.

Los forasteros pueden venir á la capital de España en la seguridad de divertirse.

Por lo menos ya saben que habrá romería en la Pradera del Santo, corrida de jóvenes toros, y veladas particulares en las casas del ramo, que por conocidas nos excusamos de citar.

Durante algunos días parecerá Madrid una colonia portuguesa.

Monarcas de Portugal, actores de Portugal, todo de Portugal.

Confieso que me lisonjea esta fraternidad.

Dentro de poco tiempo las modas serán portuguesas.

Habrá sombreros á *la Lucinda*; botillos para *dos pies de persona*; gabanes *do terror dos sastres*, y guantes á *os vinte dedos de cabalheiro*.

Por fortuna aquí hay público para todo: asisten á ver á los artistas portugueses y no faltan al beneficio de Ramos Carrión y Vital Aza.

La sala del Teatro Lara (que ha salido concejal por más señas: el apreciable propietario, no el teatro) estaba llena de personas distinguidas.

Comprendo el odio que inspira Ramos y Vital á los chicos que van para autores.

Eso de contar las obras por los triunfos, es depresivo para la dignidad de los chicos que se sienten poetas y silbados desde el vientre de las Musas.

Para el año que viene tendrán otro teatro los genios latentes donde desahogarse:

El Teatro Eslava, convertido en un coliseo elegante y para personas mayores.

Del Español nada se dice.

De la Zarzuela tampoco.

De la Sociedad cooperativa de autores y maestros de obras musicales, tampoco.

De las carreras de caballos poco nuevo puedo decir á VV.

Allí estaban las de A, las de B, las de C, las señoritas de D con su correspondiente abuelo, Sr. N.

El servicio de caballos muy bueno.

El ganao, esto es, la *pebre*, regular.

En el resto de la Península no *han ocurrido* carreras.

Terminaron ya las elecciones para remonta de ayuntamientos.

EDUARDO DE PALACIO.

AMOR MUSICAL

Á DOÑA SOL

Te quiero en *dó*, mi salero;
Te quiero en lo que eres, *Sol*;
Te quiero en el *si*, que espero;
Te quiero en *ré*, ó re-tequiero,
Y te quiero en *mi bemol*.
Y canto con *melodía*.
De la coyunda nupcial
La deliciosa *armonía*.
Conque ya ves, prenda mía,
Si es mi amor bien *musical*.
Correspondes á ese amor
Sotto voce, lo confieso;
Mas cuando el *tono mayor*
Pide el que yo te profeso,
Te vas al *tono menor*.
¿Por qué esos rigores usas?
¿Por qué, de hacer lo que veas
En mí la bondad rehusas?

¿Por qué tocas *semi-fusas*
Cuando yo *semi-corcheas*?
¿Por qué un amor que, imperante,
Pide igualdad absoluta,
Lo hemos de sentir no obstante,
Tú en *séptima diminuta*,
Yo en *séptima dominante*?
¿Por qué, si no es de teatro
Mi fe, si por tí estoy chocho,
Y sabes que te idolatro,
Al cantar yo en *tres por cuatro*,
Respondes en *seis por ocho*?
¡Ah! la razón conceptúo
De pago tan indiscreto,
Y es que te ronda algún buho,
Que, del que hasta aquí fué *dúo*,
Pretendé hacer un *terceto*.
¿Y quién sabe si inconstante,

Amenguando tu decoro,
En tu furor *concertante*
Quieres seguir adelante,
Para llegar hasta el coro?
¿Es que fatal descontento
Pretendes con eficacia,
Por gozarte en mi tormento?
¿Es que el amor te hace gracia
Con mucho *acompañamiento*?
Ya que amarte hasta la muerte
Juré, dame la respuesta
Que ha de resolver mi suerte:
¿Habrás, en fin, que no quererte,
Ó quererte *á toda orquesta*?
Pensando esto *desafino*
Y temo que la pasión
Me ha de hacer perder el tino.
Canto porque estoy que *trino*,
Y he llegado á un *calderón*.
No seré débil trasunto

De los bobos. ¡Caracoles!
¡Fuera, por Dios, lindo asunto
Guardar *silencio* en un punto
Que tiene tantos *bemoles*!
Basta de una algarabía
Que no sufro ni comprendo,
Porque, si no... ¡suerte impía!
Mi enojo irá, prenda mía,
Como va mi amor, *crescendo*.
Y si otros con dulces pláticas
Te van, ó con sortilegios,
De esos que os dejan estáticas,
Puede haber una de *arpeggios*.
Que á parar venga en *cromáticas*.
Haz, que bien lo necesito,
Por evitar la refriega;
Pues lo pide, á voz en grito,
Quien del *sol-feo* reniega,
Pensando en tí, *sol-bonito*.

JUAN MARTÍNEZ VILLERGA.

CUESTIÓN DE FALDAS

NI ENTRO NI SALGO.

(A PEPE ESTREMEIRA.)

Estaba yo muy tranquilo
en conyugal discusión,
sobre si es mejor el hilo
ó mejor el algodón.
Porque has de saber, José,
que estoy muy preocupado
pensando en un joven, que
me *van ha echar* alojado.
Aunque no sé fijamente,
ni lo sabría Merlín,
si á *principios* del corriente,
ó hacia la mitad, ó al fin.
Hay más: entre compañeros,
debo de participarte
que se va á venir en cueros,
según el último parte.
Dicen que no tiene oficio
ni carrera conocida,
y además, que *trae* el vicio
de *enternecerse* en seguida.
Porque aunque parece lúcio
y fresco como una rosa,
parece que es algo sucio,
por no decir otra cosa.
Dicen que no habla palabra,
y que solo se alimenta
con leche, mas no de cabra,
ni de vaca, ni jumenta.
Yo, por mí, le ofrecería
la vía láctea, al instante,
pero no quiere esa vía,
aunque es la más abundante.
Sino que el maldito quiere
un pecho ebúrneo y sin vello,
porque entre todas, prefiere
la leche del sexo bello.
Tal es mi nuevo pupilo,

causa de la discusión
de si era mejor el hilo
ó mejor el algodón.
¡Calcula, amigo José,
si en tan grave compromiso,
como el compromiso que
ya tan cercano diviso,
me encontraré aparejado
para poder responder
á lo que me has preguntado
acerca de la mujer!
Así es que no me incomodo
porque se quiera ilustrar.
Por mí... que lo aprenda todo,
menos á multiplicar.
De lo poco que yo sé
que dispongan y decidan,
que yo les enseñaré
todo lo que ellas me pidan.
Como no soy instruido,
gran cosa no aprenderán.
Si sacan algún partido,
con eso se encontrarán.
Y si en alguna ocasión
piensas en tomar estado
y entregar tu corazón
para estar más descansado,
que tenga la preferida
tus costumbres y aficiones:
la mujer... á la medida,
igual que los pantalones.
Si así la logras, Pepillo,
podrás estar satisfecho.
Ahora, que Eduardo Bustillo
nos abra un poco su pecho.

CONSTANTINO GIL.

LA RIGOLADE LITERARIA

Campoamor acaba de publicar una *Poética*.
Siguiendo los consejos de este arte de hacer versos, tie-
ne bastante para merecer doce años de presidio cualquier
poeta de corral. Me explicaré.
Primeramente, Campoamor manda escribir en prosa el
verso y no escribir más palabras que las absolutamente ne-
cesarias. Con que el verso tenga los pies de cajón (ó de
banco) y acabe en *copla*, ya no hace falta más. Ea, jóvenes,
ea, á escribir versos por el nuevo método. En cuanto á mo-
delos, ó sea trozos escogidos, en las oficinas del telégrafo
darán razón. Copiad los telegramas que haya allí archiva-
dos y esa es la poesía: no hay más que ponerles consonan-
tes. Es claro que no es esto lo que quiere decir Campoamor,
pero así han de entenderlo sus imitadores.
También dice el poeta que robar no es malo, si se con-
vierte la prosa que se robe en verso. De modo que el me-
jor día viene uno de esos que toman el rábano por las ho-
jas, diciendo:

GRAN PEQUEÑO POEMA

QUIJANO

I.

Lector, el nombre recordar no quiero
de un lugar de la Mancha, en que vivía
un hidalgo de lanza en astillero,
de rocín flaco porque no comía,
y que además tenía
un galgo más hambriento que ligero.

No crean VV. que es exageración. De este modo entien-
den muchos las bromas de Campoamor. Así como hay
quien se entretiene en ir al estanque del Retiro á echar pan
á los patos, Campoamor se divierte echando el cebo de ta-
mañas teorías á los poetas ridículos para estudiar después,
de cerca, sus condiciones de palmípedos.

No saben los infelices que todas esas recetas de la poé-
tica de Campoamor son como el guisado de peladillas de
arroyo. Se guisan los guijarros con buen jamón y delicadas
especias, y después... se tiran los guijarros y se come el
jamón.

Aquí el jamón es Campoamor y los guijarros... ¡claro,
los adoquines!

Otra cosa que se imita ahora mucho es el naturalismo.
Cualquier persona de gran imaginación se cree llamada á
escribir novelas nada más que por esto: ¡Precisamente Zo-
la dice que la invención es lo de menos! etc. etc.

Sucede á estos con Zola lo que á los otros con Cam-
poamor.

Y no digo nada de la sencillez y naturalidad de estilo.
Hé aquí cómo termina un capítulo de una novela publicada
estos días:

—«Perfectamente—repuso el coronel, añadiendo:—¿Es-
tá V. malo? Tiene V. la cara arrebatada.

—Sí,—respondió Julio,—me dió anoche un cólico muy
fuerte y no me siento bien. Ahora voy á acostarme.

—Pues aliviar se.

—Muchas gracias.»

¡Bendito Dios! Esto es el arte, el arte al alcance de to-
das las fortunas, la cocina económica del arte, la máquina
Singer del arte. En efecto, el arte así no es más que... co-
ser y cantar.

Y á propósito de Zola. Sabrán VV. que su última nove-
la está consagrada á la descripción de un gran comercio
de sedas, lanas y toda clase de ropa blanca y de color; de
artículos de París, alfombras, tapices, paraguas, etc., etc.
Bueno, pues ya verán VV. cómo el día menos pensado sa-
le un naturalista con su *Bazar de la Union* ó *La Isla de
Cuba* ó *Los diamantes americanos* en un tomo en octavo, y
acaso demostrará superiores conocimientos en materias de
fayas, surhas, rasos, pañuelos de hilo, paños de manos y
encajes finos...

Y no faltará crítico embobado que diga:

«No tememos asegurarlo, pese á los críticos envidiosos
que escupen, etc.; esta novela pone á su autor á la altura de
los primeros novelistas, y está llamada á producir una re-
volución en el arte de escribir y en el de coser para fuera...»

Los imitadores, ¡oh! permítaseme una frase:

Los imitadores son á los poetas lo que los espejos de la
Rigolade á quien se mira en ellos.

CLARÍN.

¡¡AGUA VÁ!!

¡Qué modo de diluviar!
¡Y van dos meses que aquí
llueve y llueve sin cesar!
Si continuamos así,
¿dónde vamos á parar?

¡Jesús! ¡Tiempo más cargante!...
¡Qué primavera, Dios mío!
No hay madrileño que aguante
este llover incesante
y este lodo y este frío.



DE LOS QUE FUERON A FLANDES



DE LOS QUE CANTAN FLAMENCO

¡Yo juro que no lo aguanto!
Vierten las nubes su llanto,
y á combatir las dispuesto,
con paraguas me levanto
y con paraguas me acuesto.

¿Qué ha podido suceder?
¿Por qué el sol ya no nos mira?
¿Por qué Febo, con placer,
asoma al amanecer,
hace un guiño y se retira?

¡Pero señor! ¿Hasta cuándo
nos vamos á estar mojando
y hemos de vivir sufriendo,
y en tanto el lodo subiendo
y el barómetro bajando?

Llueva un día... ó dos... ó tres,
como ocurre en pueblos otros (1);
pero si sigue así el mes,
¿qué va á decir de nosotros
el Monarca portugués?

¿Cómo hemos de festejarle?
¿Ni qué clase de ovación
es posible prepararle?...
¡Tendremos que ir á esperarle
en lanchas á la estación!

Y en vez de iluminaciones
y mil variadas funciones
que ya el Gobierno ha acordado,
le anunciarán chaparrones
y regatas en el Prado.

La revista militar
no se podrá celebrar,
ni conveniente sería,
por si no saben nadar
todos los de Infantería.

Y en vez de la ya anunciada
brillantísima parada,
estará la escuadra lista
y se pasará revista
á las fuerzas de la Armada.

Honraremos de este modo
al Monarca lusitano...
¡Ira de Dios!... ¡Me incomodo
al ver que el *Zaragoso*
tiene la culpa de todo!

Sobornó á los elementos
y le complacen atentos...
¡Y anuncia hasta el plenilunio
del diez y nueve de Junio
lluvias, tronadas y vientos!...

¡Mal hayan sus profecías
y lo bien que se han cumplido,
al menos, en estos días!...
¡Y yo que nunca he creído
en esas *astronomías*!...

Señor Yagüe, en su poder
un favor nos puede hacer...
¡Que el cielo no se desague!
¡Mire usted, señor de Yagüe,
que esto ya es mucho llover!

VITAL AZA.

A MADRID ME VUELVO.

(EN EL TREN.)

Allá, á lo lejos, la torre
de mi aldea se divisa,
haz, monstruo, por que se borre
su silueta, ¡corre, corre!
más aprisa, ¡más aprisa!

Atrás queda la estación
y en ella quedan atrás
pedazos del corazón.
Fogonero, echa carbón;
¡más, mucho más, mucho más!

Adiós de las casas viejas
los verdoños murallones;
y adiós las sucias callejas
con sus historias añejas
de fantasmas y dragones.

Corro á Madrid anhelante,
que es la patria del jolgorio...
¡monstruo, adelante, adelante!
Yo soy un pájaro errante
como el cantor del Tenorio.

Adiós, llanura desierta
de la encharcada campiña,
y los guindos de la huerta,
y la ventana, y la puerta
de la casa de mi niña.

Y adiós, silloncito blando
donde, la infeliz, ayer
me despedía llorando.
Adiós, y ¡sabe Dios cuándo
nos volveremos á ver!

Me fastidian los gorriones
que saltan sobre la hacina,
y no hay cafés, ni salones,

ni dan calor los tizones
que humean en la cocina.

Aquí se arruga la piel
y se duerme el corazón.
Yo amo el bullicio, el burdel,
y quiero morir en él
de fiebre y de consunción.

Adiós, pueblo, y si me muero,
sabe que vine á buscarte,
con humos de caballero,
porque no tuve dinero
para marcharme á otra parte.

Pero la gente de pro
se va á Madrid en el tren
para divertirse... ó no,
y, cantando coplas, yo
me vuelvo á Madrid también.

Allí esperan al coplero
lucha y fatiga; allí espera
la sandunga y el salero...
¡echa carbón, fogonero!
¡que reviente la caldera!

Corre, brisa, y dile á Rosa
que olvide nuestros placeres,
porque allá me aguarda ansiosa
la modista más graciosa
que ha cosido en los talleres.

Dile también que mi amor
fué mentira, y que quizás
encuentre un galán mejor...
¡Maquinista, más vapor!
¡Más, mucho más, mucho más!

SINESIO DELGADO.

LAS NIÑERAS GUAPAS.

¡Vaya! ¡Aquí tienen VV. á un hombre apurado!
Hace ya días que necesito una niñera, no para mí—¡Dios
me libre!—sino para un niño mío chiquitín, que hoy por
hoy no se llama Nicolás; y esta es la hora en que todavía

(1)

El pícaro consonante
me obliga, como verás,
á que coloque detrás
lo que ha debido ir delante.

no he logrado ponerme de acuerdo con mi cara esposa
acerca de si la niñera ha de ser guapa ó fea.

Dirán VV. que en esto no debemos meternos los hom-
bres y les parecerá mal que yo saque á luz estas nimieda-
des del hogar doméstico; pero les contestaré respetuosa-
mente que hoy vivimos de la nimiedad y que para mí el
que mi hijo tenga una niñera guapa ó fea es cosa del ma-
yor interés, puesto que ha de influir quizás poderosamente
en su porvenir.

Consultando primeramente lo que los gramáticos llaman
uso constante y los historiadores *tradicción*, nos encontrare-
mos con que la costumbre ha establecido ya su fisonomía
peculiar á cada clase del gremio doméstico.

En una casa bien organizada, el cochero es pelicano y
coloradote, el lacayo chiquitín y enteco, el ayuda de cáma-
ra ha de usar patillas negras y grandes, la cocinera ha de
ser rechoncha, chata y un si es ó no es aficionada al vino,
la doncella ha de estar opilada, el ama de cría ha de tener
algo entre vaca suiza y cervecero holandés, y en fin, la ni-
ñera ha de ser joven como la inocencia, fresca como la rosa
de la mañana y hermosa como la ninfa de la primavera.

Este brazo derecho le tengo medio inútil de los pelizcos
que me da mi mujer cuando me oye hacer estas considera-
ciones, pero díganme VV. en caridad de parte de quién
está la razón.

Si siguiendo las indicaciones de mi costilla busco una
niñera fea, se ofenderán mis sentimientos estéticos, que-
brantaré las leyes de la costumbre que ya he citado y me
pondré en ridículo ante mis amigos.

No hay nada más inarmónico que un matrimonio que va
á paseo al Prado y lleva delante al hijo de sus entrañas en
brazos de una moza zafia, desgarbada, renegrida aún por
los aires del campo, peinada á lo alcarreña con el pelo
aplastado en las sienes y un picaporte en el colodrillo, la
nariz chata, los ojos hundidos...

A todos los que pasan se les ocurre algo.

—¡Jesús qué niñera!—¿A dónde habrán encargado eso?—
¿La habrán tomado en el Retiro?—¡Esa mujer descende
del orangután!—¿Cómo ha de llorar el niño si no le dejará
el miedo!—¿Dónde tenían los ojos los padres?—Etc. etc.

La experiencia hace mucho y yo sé los inconvenientes,
las murmuraciones, el descrédito que puede acarrear á una
familia sensible el uso de cierta clase de niñeras.

Una niñera guapa puede, por el contrario, ser origen de
muchos bienes.

En primer lugar, que la hermosura siempre es hermosu-
ra y atrae. Cuando la niñera sale á la calle los amigos de la
casa se acercan á preguntar por los señores, atención que
no se tiene cuando la niñera es un coco.

El niño se acostumbra desde su infancia á ver continua-
mente una cara bonita (que es después de todo el sistema
Fröbel aplicado á la estética), y cuando llega á mayor no
busca sus novias entre las señoritas narigudas, ó bizcas, ó
juanetudas...

Esos hombres que VV. verán por ahí casados con ver-
daderos mamarrachos, ¿cómo se comprende que hayan lle-
vado al altar mujeres tan feas si no se reconoce que desde
chiquitines se aficionaran al esperpento?

Va V. á paseo con la señora á la Castellana, ó á ver la
procesión del Corpus, ó á la revista militar, y llevando de-
lante una niñera guapa que anda con garbo y viste con
gracia, la gente se para á mirar, hay quien se acerca á de-
cir: «¡Jesús qué niño tan mono! ¡Dios le bendiga!» y estos
piropos y estos votos de prosperidad, ¿á quién se dirigen?
A mi chiquitín. ¿A quién se deben? A la niñera.

Supongamos que en la procesión hay apreturas y luego
carreras y sustos... Pues no tengo que temer que á mi hijo
le ocurra nada, porque la niñera será defendida por los que
la rodeen y con ella mi chiquillo.

Ya sé yo que las niñeras guapas son más propensas á
inflamar el corazón de los hombres; pero, supuesto que
niñera sin novio no se concibe, también en esto prefiero
que sea guapa la mía, es decir, la de mi hijo, porque las
feas se llevan, por regla general, los quintos del último re-
emplazo, torpes aún y desgarbados, y para las guapas se

quedan los sargentos y aun los subtenientes (se han dado casos), y excusado es que yo demuestre la diferencia que hay entre un quinto torpe y un *chase*, que está ya en carrera de ser algo.

Pues bien; todas estas y aun muchas más razones que yo creo de peso las expongo á mi esposa; pero ella, que es celosilla en parte y egoísta en todo, jura y perjura que no entrará en casa niñera guapa, y me dice: «Puchero que no has de comer, déjale cocer.»

Si tal, que le dejo y le dejaré cocer, puesto que no he de saborearle; pero peso quita para que yo pida un puchero arreglado al arte todo lo posible?

Yo quisiera, pues, que me dijeran VV. de parte de quién está la razón, que procuraran convencer de ello á mi mujer y que influyeran en la resolución de este asunto doméstico pendiente hace días.

Porque el tiempo se pasa, la niñera no viene y el muchacho anda estos días en brazos de mi suegra, que me le va á echar á perder.

Porque mi suegra...

¡Más vale callar!

MANUEL MATOSES.

DÉCIMAS EPIGRAMÁTICAS

Contra el marital decoro
hablan de toro y carnero;
mas yo, al caracol prefiero
sobre el carnero y el toro.
Marido y toro, no ignora,
las astas llevan bien puestas;
mas con astas como estas,
y además, ciego y baboso,
el caracol y el esposo
sostienen la casa á cuestras.

A San Saturio, patrón
de Soria, por raro gusto,
le representan en busto,
sin piernas y sin calzón,
y al verlo, en cierta ocasión,
un chusco con tal rebajo,
exclamó:—No es gran trabajo
ser santo de medio arriba;
lo más difícil estriba
en serlo de medio abajo.

Quise, y mi amor desoyeron
y me atormentó el desdén;
quise, y por quererme bien
mayor tormento me dieron.
Lecciones no en balde fueron:
la experiencia del dolor
me ha enseñado que el amor
siempre es funesto regalo;
pues si no nos quieren, malo,
y si nos quieren, peor.

Disputaba un avariento
con un cojo desgraciado
sobre el triste resultado
de tamaño impedimento,
y el avaro, en el momento
resolvió en pró la cuestión,
exponiendo la razón
de que si él cojo fuera,
se ahorraría una pernera
para cada pantalón.

R. BLANCO ASENJO.

EPIGRAMAS

I.
Al calvo Juan preguntaron
por su amigo el calvo Diego,
y contestó: ya hace mucho
que no nos vemos el pelo.

II.
Separándote de Dios,
á Dios parodiar pretendes,
que si él murió por los hombres,
tú lo haces por las mujeres.

III.
Extravióse en Santander
la esposa de Pedro Abella,
y éste hizo anunciar ayer:
«El que encuentre á mi mujer
puede quedarse con ella.»

IV.
Veinte horribles puñaladas
dió Pepe Neira á su suegra.
¡Cuánto, cuánto habrá sufrido
el infeliz Pepe Neira!

V.
En la puerta de un bazar
leí con la boca abierta:
Entrada libre; fui á entrar,
y hallé cerrada la puerta.

VI.
—Expresiones, don José,
me ha dado el señor Herrero.
—Mil gracias, amigo Fe;
devuélvaselas usted...
que para nada las quiero.

ANÓNIMO.

¿QUÉ TOMARÉ?

¡Tras, tras! ¡Mozo!... Nada, no viene.
¡Chist!... Se pasa y no hace caso. Está visto que en Madrid es necesario hacer mucho ruido para llamar la atención...

Hace dos días que llegué... ¡dos días! y no me he divertido ni tanto así todavía; ¿qué es divertirse? ¡si hasta la fe-

cha no he hecho otra cosa que estar en constante desesperación!... ¡Chist! ¡Mozo! ¡Ah! Vamos, ya se acerca. Oiga usted... ¡Tomal se vuelve á marchar sin hacerme caso... ¡Claro! de los provincianos se burla todo el mundo; pero á mí no me la da nadie. ¡Tras, tras! ¡Mozo!...

Vamos, ya está aquí. Traígame V... ¿Qué? ¿Que no sirve V. en esta mesa? Pues señor, no quiero cuestiones; me iré á otra... ¡Ah! bien, no lo sabía, V. dispense, dígame al otro que venga... ¡Calle! ¿no es aquel el hijo del alcalde? ¡Ricardo! Saldré á escape á ver si le cojo. ¿Dónde estará la abertura? ¡Malditos cortinones! ¡Paf! ¡Jesús! vaya un porrazo... Sí, señor, sí, lo comprendo. No hay de qué.

Pasó hacia la derecha y no le veo. ¡Ah! ¡con cuánta razón me decía el boticario que abriera los ojos!

—¿V. sirve en esta mesa? Bueno, pues tráigame V... ¡El caso es que ahora no sé qué tomar! ¿Qué hay?—Refrescos y helados.—¿Qué más?—Melocotón, fresa...—No me gusta la fruta en este tiempo...—Plátano, vainilla, chocolate, pchs...—¡Ah! Eso, eso último, café con mantecado.

¿Por qué tomarán aquí el café con mantecado?

¡Hombre, qué asientos tan cómodos! Quisieran parecerse á ellos aquellas endiabladas butacas de paja, en una de las cuales me hizo sentar el diputado esta mañana. ¡No llevé mal susto! ¡Tomal! Como que me hubiera roto la cabeza si no me agarro á la falda de la señoral De la señora del diputado, se entiende. ¡No se hubiera reído poco toda la familia! Creo que se rieron algo. ¡Como si uno tuviera obligación de conocer á simple vista las mecedoras!

Estoy aburrido, ¡soberanamente aburrido! En el pueblo se entretiene cualquiera dando los buenos días á todo el mundo, pero aquí... Aquí las gentes no tienen educación. ¡Maldita sea la hora en que se me ocurrió venir á San Isidro! Esta mañana me levanté á las ocho y media y no pude tomar chocolate porque ¡ni la criada estaba de pie todavía! ¡Qué escándalo! Luego, al salir de casa, le dije:

—Buenos días—á un aguador y casi me rompe el alma.

Las madrileñas son bastante guapas, y sobre todo, saladitas como ellas solas... ¡pero no hacen caso de nadie! En el pueblo las chicas me miran que me abrazan... ¡Hola! y no puedo quejarme. Anoche, aquí á la vuelta de la esquina, me detuvo una morena lindísima y me llamó... no recuerdo qué me llamó, pero á mí se me subió la sangre á la cara.

¿Qué poca aprensión tienen algunas!

Ya esta aquí el mozo. ¡Gracias á Dios, hombre! Pero ¿qué es eso? ¿qué traes ahí? ¡Si yo he pedido café con mantecado!

¿Que traes lo que te ha dicho el señorito?

Y ¿qué sabe el señorito lo que yo quiero tomar?...

J. GARCÍA RUBIO.

CUESTIÓN DE FALDAS

¡ALLÁ VOY YO! ¡ALLÁ VOY YO!

La razón es lisa y llana:
ninguno me llama aquí,
pero vengo... *porque sí*,
y porque me da la gana.

De hablar no hay ley que me exima:
estos son mi pareceres,
y he de hablar de las mujeres
aunque lo haga por encima.

La cuestión es de interés,
y cuestión que no se acaba.
¡Sobre la mujer se estaba
cualquiera charlando un mes!

No me alteran un momento
cuantas cuestiones provocan;
mas si *las faldas* me tocan,
tengo que hablar ó reviento.

Todos los humanos seres
de igual modo no discurren:
á mí los toros me aburren
y me *acharan* las mujeres.

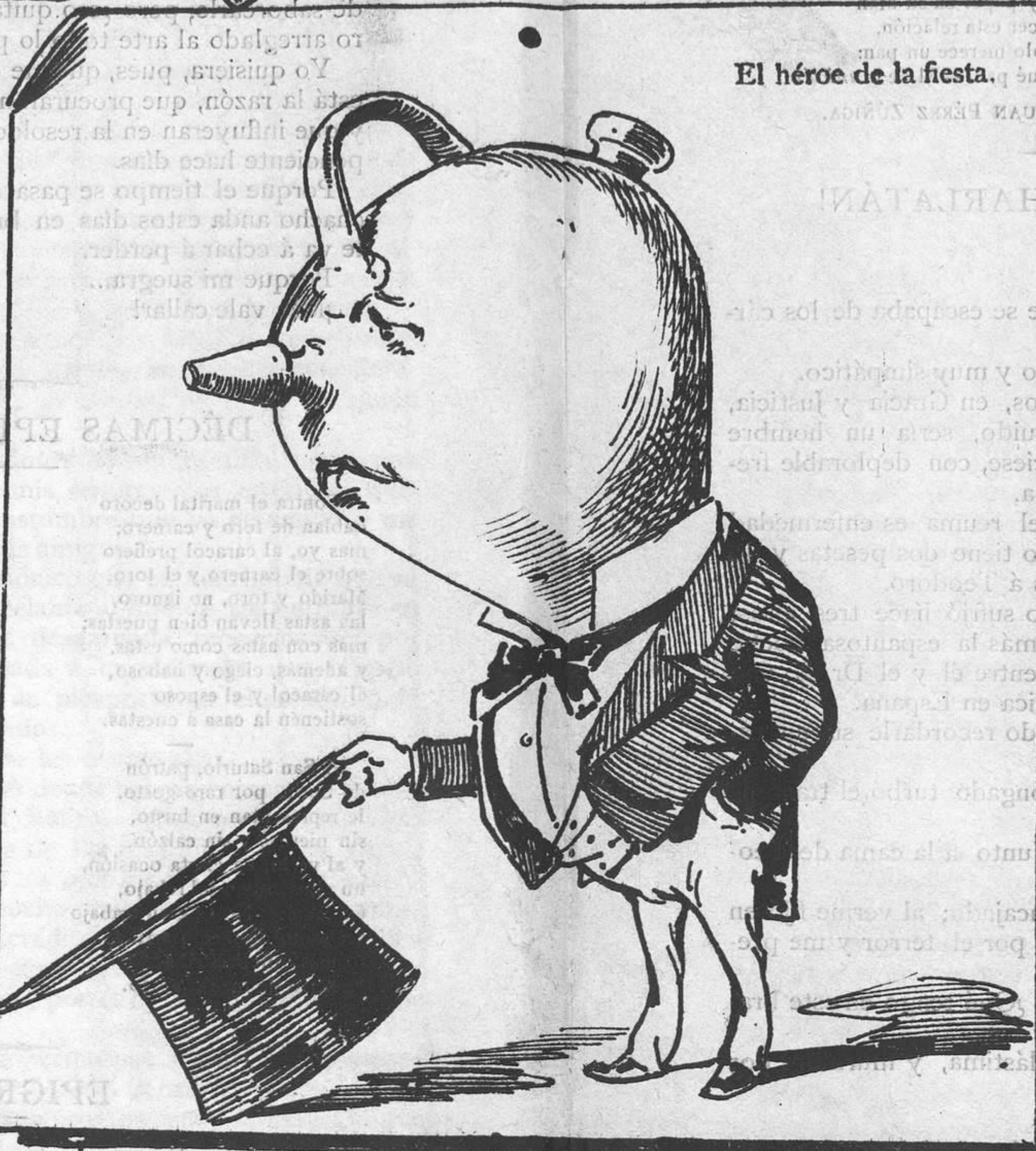
ALsanto!



**Somos de Villamelón.
No sabemos escribir.
Venemos á la junción.
¡Nos vamos á divertir!**



**—Cuando está el hombre mejor?
¡Comiendo! ¡Así pensaría,
de fijo, cuando vivía,
San Isidro Labrador!**



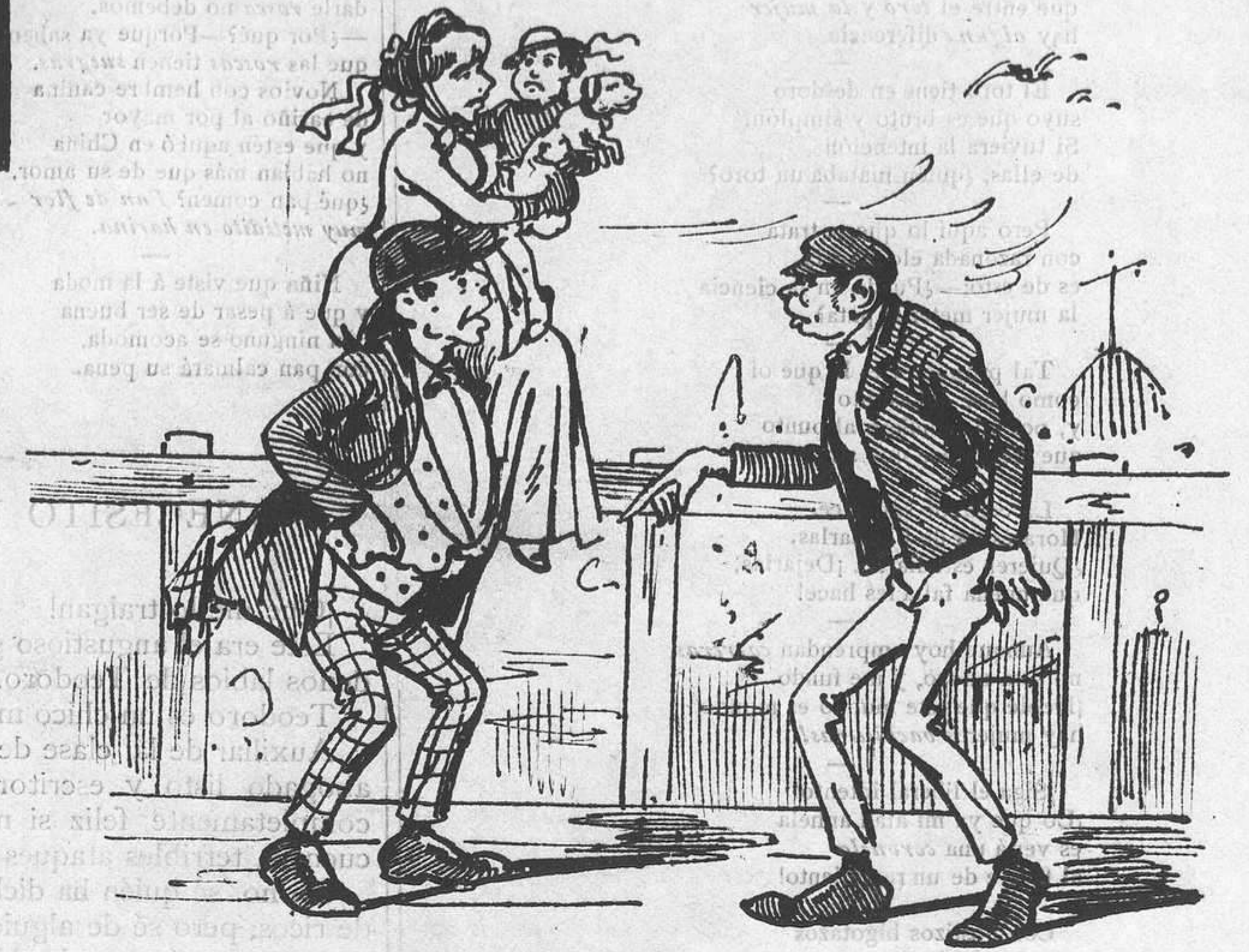
El héroe de la fiesta.



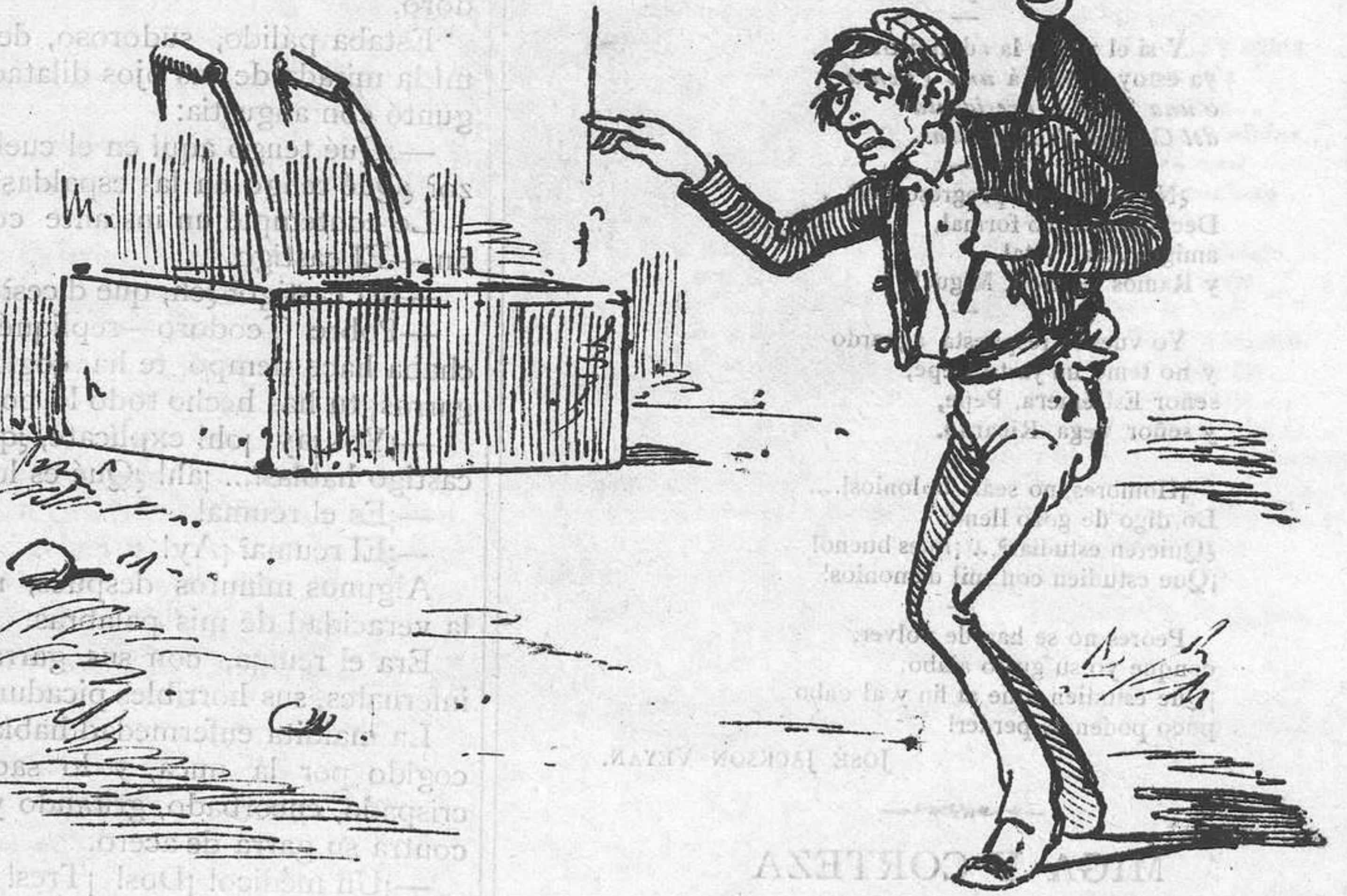
**Como pueda me escapo.
¡No es una guasa
que yo duerma esta noche
fuera de casa!**



**¡Ya se me ha concluido el peleon!
¡Humo las glorias de la vida son!**



**—¡No se pasa por el puente
sin dar tres perros!
—¡Es guasa!
—¡Atrás inmediatamente!
—Hombre, tenga usted presente
que es uno sólo el que pasa.**



**¡Si calentura trujeres
volverás sin calentura!**

Lit. Dexejano 14. Madrid.

He comparado, en conciencia,
sin razón á mi entender,
que entre el *toro* y la *mujer*
hay alguna diferencia.

El toro tiene en desdoro
suyo que es bruto y simplón.
Si tuviera la intención
de ellas, ¿quién mataba un toro?

Pero aquí lo que se trata
con razonada elocuencia
es de esto:—¿Puede en la ciencia
la mujer meter la pata?

Tal propuesta es la que oí
como base del asunto,
y, por mí, confieso al punto
que me parece que sí.

La cosa me satisface.
Hora es ya de libertarlas.
¿Quiéren estudiar?... ¡Dejarlas,
que buena falta les hace!

Aunque hoy emprendan *carreras*,
no será nuevo, y me fundo.
¡Desde que este mundo es mundo
hay mujeres *bachilleras*!

¡Siga el liberal intento!
¡Lo que ya mi afán anhela
es ver á una *coronela*
al frente de un regimiento!

Con postizos bigotazos
marchando fosca y severa,
y á su lado la niñera
con el *mamón* en los brazos.

Y si es madre tierna y fiel,
tendría al cabo que dar
un—¡Alto! ¡Que va á mamar
el niño del coronel!

Y siguiendo este resquicio,
ver á mi amiga Pascuala
diputada provincial
del Distrito del Hospicio.

Y si el poder la administras,
ya estoy viendo á una *Vicenta*
ó una *Juana*, *Presidenta*
del Consejo de Ministras.

¿No es este un progreso fiel?...
Decidlo en tono formal,
amigos Aza, Vital,
y Ramos Carrión, Miguel.

Yo vuestra respuesta aguardo
y no temo un justo trepe,
señor Estremera, Pepe,
y señor Vega, Ricardo.

¡Hombres, no seáis bolonios!...
Lo digo de gozo lleno:
¿Quiéren estudiar?... ¡Pues bueno!
¡Que estudien con mil demonios!

Peores no se han de volver;
conque yo su gusto alabo.
¡Que estudien, que al fin y al cabo
poco podemos perder!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

MIGA Y CORTEZA

(ESTILO-SANTISTEBAN.)

Señores: hoy tengo afán
por daros á conocer
que el mundo se va á perder
solo por cuestión de *pan*;
porque no á todos les dan
el pan que deben comer.

El hombre de tal mirada
que al mismo tiempo de ver
con un ojo á Santander
ve con el otro á Granada,

¿qué pan deberá comer?
Siendo bizco... *Bizco-chada*.

A la mujer ya jamona
que se ha quedado pelona
sin que nadie la convenza
de que estaría más mona
tapándose la corona,
¿qué pan la daremos?... *Trenna*.

Al que la boda le alegra

y entrando á ser de los memos
va á pasar la pena negra,
darle *rosca* no debemos.
—¿Por qué?—Porque ya sabemos
que las *rosca*s tienen *suegras*.

Novios con hambre canina
de cariño al por mayor
y que estén aquí ó en China
no hablan más que de su amor,
¿qué pan comen? *Pan de flor*
muy metidito en harina.

Niña que viste á la moda
y que á pesar de ser buena
con ninguno se acomoda,
con pan calmará su pena.

—¿Comiendo el *pan de Viena*?
—No señor, el *pan de boda*.

Marido que no parece
por casa (que es un infierno),
y cuya esposa enloquece
á más de un amigo tierno,
¿qué clase de pan merece,
libreta?—No señor: *cuerno*.

Y en fin, el autor ramplón
que gasta sin compasión
tinta y papel en su afán
de hacer esta relación,
tan solo merece un pan:
—¿Qué pan?—El de *munición*.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

¡NECESITO UN CHARLATÁN!

¡Qué me lo traigan!

Este era el angustioso grito que se escapaba de los cárdenos labios de Teodoro.

Teodoro es un chico muy guapo y muy simpático.

Auxiliar de la clase de primeros, en Gracia y Justicia, abogado listo y escritor distinguido, sería un hombre completamente feliz si no padeciese, con deplorable frecuencia, terribles ataques de reuma.

Yo no sé quién ha dicho que el reuma es enfermedad de ricos; pero sé de alguien que no tiene dos pesetas y lo padece muy á menudo. Volvamos á Teodoro.

Su primer ataque de reuma lo sufrió hace tres años; vivíamos juntos, y no olvidaré jamás la espantosa noche que me dió, ni la escena ocurrida entre él y el Dr. X, una de las lumbreras de la ciencia médica en España.

Fué un *debut* brillante; no puedo recordarle sin un estremecimiento de horror.

Un ¡ay! ¡oh! ¡Ay! ¡Ooooh! prolongado turbó el tranquilo reposo de la casa de huéspedes.

Me levanté de un salto y corrí junto á la cama de Teodoro.

Estaba pálido, sudoroso, desencajado; al verme fijó en mí la mirada de sus ojos dilatados por el terror y me preguntó con angustia:

—¿Qué tengo aquí en el cuello? ¿Qué tengo en este brazo? ¿Qué tengo en las espaldas?

Le contemplé un instante con lástima, y murmuré por fin:—El castigo.

—¿El castigo? ¿eh, qué dices?

—Pobre Teodoro—repliqué;—el enemigo que te acechaba hace tiempo te ha cogido ya entre sus implacables garras; tú has hecho todo lo posible por dejarte vencer...

—¡Yo! ¡ay! ¡oh! explícate, ¿qué enemigo es ese? ¿De qué castigo hablas?... ¡ahl! ¿Qué es lo que tengo? pronto...

—¡Es el reuma!

—¿El reuma? ¡Ay!

Algunos minutos después, mi amigo ya no dudaba de la veracidad de mis palabras.

Era el reuma, con sus garras agudas, sus mordeduras infernales, sus horribles picaduras.

La maldita enfermedad había saltado sobre él, lo tenía cogido por la nuca, y lo sacudía con vigor teniéndole crispado, encorbado, gritando y revolviéndose inútilmente contra su garra de acero.

—¡Un médico! ¡Dos! ¡Tres! Corre, busca, tráete al primero que encuentres. Pero pronto, pronto por Dios.

Salí á escape en busca del Galeno.

A las tres horas escasas conseguí, previo diálogo con el sereno y la pareja de orden público, llevar el médico junto á la cabecera de mi doliente amigo.

Excuso pintar su estado á nuestra llegada.

—Ya era tiempo—exclamó entre dos interjecciones fijando su mirada en el doctor.

Era éste, como ya he dicho, un profesor distinguido. Aunque joven, gozaba ya de una reputación envidiable.

El médico contempló á Teodoro algunos instantes, mu-

do, tranquilo, casi sonriente, y sin tomarle el pulso; después aproximó una silla á la cama y se sentó.

—Doctor,—balbuceó Teodoro entre el espacio de dos gritos agudos,—¿no es cierto que me va V. á curar?

—Es natural.

—Pero ahora, ahora mismo ¡ay! no es verdad.

—¡Diablo! Va V. muy deprisa.

—¡Dice que voy deprisa!

—¿No ha sufrido V. jamás de esto?

—Nunca como ahora—¡oh!

—La cabeza funciona bien, sin embargo, ¿eh?

—¡Ay! Sí señor, puedo apreciar todo lo horrible de mi estado.

—Algo es algo.

—¿Eh? No se burle V. de mí.

—¿Tengo yo acaso cara de burlón?

—Por Dios...

—Vamos, vamos, eso no es nada—replicó el médico sonriendo,—no sea V. exigente y razonemos con calma.

—¡Con calma!

—Este reuma acaba de presentarse, mejor dicho, de estallar; es preciso que yo estudie su marcha, su carácter, sus progresos...

—¡Sus progresos!

—Y en seguida procederemos á una medicación razonada y prudente.

—¡Prudente! ¡Razonada!—exclamó Teodoro incorporándose en el lecho, en un acceso de asombro y de dolor.

—¡Oh! nada de prudencia, doctor. ¡Energía! Yo quiero resistir todos los procedimientos rudos, audaces, terribles; ¡nada de contemplaciones, el caso es acabar pronto! ¡ay, pronto!

El doctor se levantó grave, serio, y contestó friamente estas palabras:

—¡Caballero, yo no soy un charlatán!

Estas palabras fueron acompañadas de un gesto noble y digno.

—¡Un charlatán! Eso, eso es lo que yo necesito,—rugió Teodoro en el paroxismo de su dolor.

—¡Si V. no es un charlatán, tanto peor para V.! ¿Sabe usted lo que es un charlatán para un enfermo?

—¡Es la Providencia! ¡Su aspecto sólo es una esperanza, sus palabras un consuelo!

El médico se encogió ligeramente de hombros; la sonrisa volvió á iluminar su semblante. Compadecía á Teodoro.

Este continuó exaltándose cada vez más.

—Sí, yo seré un espíritu débil, crédulo, lo que V. quiera, pero adoro al charlatán! Al charlatán que miente, que nos engaña, que nos seduce y que nos deslumbra, pero que no nos trata con la frialdad y la calma impía de la ciencia. Las palabras sensatas y comedidas en este momento me irritan, me exasperan. ¡Ay! ¡Me acuerdo que era yo joven, casi un niño, apenas tenía catorce años, sufría horriblemente de un dolor de muelas! ¿Y á quién cree V. que busqué para extraérmela? ¿A un dentista de fama? ¡Oh! ¡No! ¡A un charlatán que operaba en la vía pública; pareceme que aun le veo! Tenía una hermosa cabellera negra, como usted no la tendrá jamás; antes de sacar la muela, hacía atrevidos ejercicios de *jougleur* con unas bolas doradas, y con cuchillos de monte, cuchillos con punta, afilados, verdaderos, y aquello inspiraba confianza y distraía al mismo tiempo. Después me extrajo la muela, de un solo golpe, al compás de un organillo desenfrenado y un tambor monstruoso; ¡y sabe V. cómo? ¡Con qué? ¡Con un sable! ¡Un sable de caballería! Cuando mostró mi hueso careado á la absorta multitud, yo me sentí orgulloso de mí mismo!

¡Ah, que me traigan un charlatán como aquél!

El doctor se puso tranquilamente el sombrero y salió sin saludar, sin proferir una palabra.

Me acerqué á Teodoro, que había caído desfallecido y sudando sobre las almohadas. Se sentía mejor. Aquella emoción violenta había producido un principio de reacción saludable.

Al otro día continuó el alivio.

Sanó por fin, y desde entonces ha rechazado siempre la asistencia facultativa de un médico serio.

No quiere más que á los charlatanes.

Alguno de ellos dará con él en la Patriarcal.

Aunque, á decir verdad, yo creo que el charlatán de Teodoro es él mismo.

El verdadero charlatán, es su imaginación.

E. NAVARRO GONZALVO.

EPITAFIOS

Un célebre bailarín aquí descansa. ¡Por fin!

Descansa aquí un brigadier que ni muros ni metralla hicieron retroceder, y murió en una batalla que tuvo con su mujer.

«Ha su esp oso ido latrado este rrecuer dodedica su Carrmen qe niuna farta leaco metido en subida.»
A su esposo no lo sé; pero ¡ay! á la ortografía...

CARLOS DÍAZ DUFÓO.

EL TENORIO CALLEJERO

(MONÓLOGO JUNTO Á LA BOLA VERDE)

¡Hola Luis! Al fin te encuentro...
Vamos á ver, ¿se dan buenas?
¿Que sí? Pues á un lado penas,
Ya me tienes en mi centro...
Aquí vienen dos jamonas...
Tienes razón, buenas son.
¡Uy uy uy! Qué desazón.
¡Olé las buenas personas!
Estas mujeres así
Me vuelven loco... ¡Hola! ¡Hola!
Mira chico, ahí viene Lola...
¡Salero! ¡Venga de ahí!
Pimpollo, sueño dorado...
Pero ¡mira qué modista
Barbiana!... y baja la vista.
¡Calle! ¡si la habré chiflado?
Voy tras ella, vengo al vuelo...
Pero aquí está la de Ortiz.
¡Qué ojos tiene! ¡y qué nariz!
¡Y qué labios! ¡y qué pelo!
¡A que al fin voy á creer
Que la de Ortiz me enamora?
¿Y qué?... Mira qué señora,
¡Vaya una buena mujer!
La modista no la veo,
Al volver la seguiré,
Porque es muy probable que...
¡La hijastra de don Tadeo!
No he visto niña más bella;
Buen tesoro guarda el viejo
Y... nada, chico, te dejo,
Voy á timarme con ella.
¿Entra en casa de Ansoarena?
Entonces puedo esperar...
Deja á esta rubia pasar.
¡Buena! ¡Buena! ¡Buena!!! ¡Buena!!!!
¿Y esto es paja? ¡Chachipé!
¡Viva todo lo moreno!

Si yo fuera su sereno
Para abrirla á usted... ¿El qué?
¿Que la de Ortiz salió ya?
Bien; la seguiré otro día...
¿Y esta niña? Vida mía,
¡Dios bendiga á su mamá!...
Ahí tienes á Carmelita,
Aquella con quien troné;
¡Adiós! á los pies de usted...
La verdad es que es bonita...
Pero mira estos señores
Qué niñas traen; son muy bellas,
¡Cáscaras! que todas ellas
Cuando lleguen á mayores...
Pero mira qué perfil
Viene aquí... Rosa de azahar
Diga ¿se quiere casar
Conmigo... por lo civil?...
¡Una mulata! ¡y cojea!
Pero aun siendo coja y chata,
Francamente, la mulata
No me parece muy fea...
Y ahora, ¡diablos! una albina...
¿Y dices que es feo eso?
Pues yo, chico, te confieso
Que me parece divina...
¡Alta y baja! ¡Antagonismo!...
¡Mas si son las de Tinaja!
¡Cómo me gusta la baja!
Y la alta... ¡velay! lo mismo.
¡Una gruesa! me embelesa...
¡Una delgada! me agrada...
La delgada... ¡Oh! la delgada...
¿Pues y la gruesa? ¡Oh! la gruesa...
¡Que estoy chiflado! ¡y qué quieres?
¿Que he de hacer?... ¡Viva la gracia!
Es que tengo la desgracia
De querer á las mujeres.

EDUARDO S. HERMUA.

ARTICULO DE OPORTUNIDAD

I.

—Señorito, todas estas cartas han traído desde que V. salió.

—¡Qué atrocidad! ¿Si seré yo un personaje sin saberlo? ¿Si dependerán hoy de mi voluntad todos los destinos de la Nación? ¿Si habrá crisis y seré el designado para...

—¡Ah! se me olvidaba, señorito. Han estado las Sras. de González.

—¿Las de González?... No me acuerdo...

—Sí señor, las de González han dicho. Cinco señoritas que tienen una mamá muy rara, con un lobanillo junto al ojo derecho... Las que estuvieron á ver á V. el año pasado por este tiempo, y cuando se casó el Rey, y cuando nació la Infanta.

—Sí, ya caigo.

—Y el Sr. Vizconde del Ovillo, y el señorito Luis con un amigo suyo, y el vecino del piso 4.º, y el tendero de enfrente, y al ir por vino me en-



Pilla

**Trabucaire de salero
que se va ¡qué duda tiene!
para bien del arte... Pero
volv erá el año que viene,**



Cuando hace con mucho *aquel*
 los mohines zalameros
 al salir al redondel
 quisieran estar en él
 más de cuatro caballeros.

cargó el tabernero que no dejase de avisarle cuando V. volviera, y el aguador también me dijo que no se olvidara V. de él.

—¿Pero señor, qué ocurre? Yo... no soy yo, soy otro, no me cabe duda.

¿Si habrá transmigrado mi alma al cuerpo de algún personaje de la situación?

Veamos las cartas.

Repasaré los sobres. Los hay de todas clases y tamaños: con blasonados escudos, con elegantes anagramas, con cifras caprichosas; de papel fino y ordinario y hasta con manchas de aceite mineral.

¿Cuál de los secretos que aquí se encierran me importará más?

¡Este! ¡Este! De letra de mujer, que viene dentro de un billete coquetón, diminuto como será sin duda la mano que le ha escrito.

¡Y qué delicioso perfume exhala!

Rompo el sobre con impaciencia, me fijo antes de nada en el membrete del plieguecillo, y veo en litografía *lunes*. Más abajo, en bonita forma de letra inglesa, *María*.

Hoy no es lunes. Esta señora vive retrasada.

Veamos lo que dice:

«Amigo mío: ¡Qué ingrato es V. con las personas que le quieren! No se le ve por ninguna parte. ¿Dónde se mete? Dé tregua á sus coquetos para dedicar hoy algunos instantes á su buenísima amiga,

MARÍA.»

Y hay *postdata*: «Desde las dos hasta las cuatro que he pedido el coche soy toda suya.»

¡Diablos! Pues voy corriendo... Pero no... Si es la una de la madrugada y la cita es para mañana... ¡Maldita noche!... ¿Por qué no pasarás veloz como mi deseo? ¡Ya no puedo pegar los ojos!... ¡Qué intranquilidad!... ¡Esto de ser nervioso es horrible!

¡Y cuidado con la cartita! Tiene miga... ¡Es una provocación insensata!

¿Pero quién es esta María? ¡Conozco tantas! Por la letra no adivino... Ni dice las señas de su domicilio...

¿Será soltera? ¿Casada? ¿Viuda?

Algo tiene que ser, eso es indudable... Si fuera lo primero ó lo último menos mal; pero si es lo segundo, ya varía de especie. Entonces que no cuente conmigo. No compensan las delicias del amor el eterno remordimiento que debe producir haber turbado la paz de una familia.

Pero veamos el resto de mi correspondencia. Si cada carta me sugiere tal serie de meditaciones, no termino su lectura en lo que resta de año.

«Isabel» ¡Vamos, á esta ya la conozco! Es la amiga íntima de Enrique. De seguro han tenido alguna tremolina y quiere que intervenga.

«Querido Mariano: *Ua savas* que Concha y yo tenemos nuestras delanteras *avonadas* desde que *vinimos* á Madrid; pero sin embargo, *nesecito* que me las *camvies* por un *parco* de sol y sombra para la *Corrida de los Diputados*.»

¡Ah! ¡Tonto de mí! ¡Ahora caigo! ¡Á esto obedece el turbión epistolar que me sorprendía!

¡Y yo sin acordarme de la proximidad de ese acontecimiento!

¡Buena me espera! Ya no leo ninguna más.

¡Ábrete tierra! Y sepúltame en tus profundos abismos.

¡Nada! ¡Nada! Me voy á la cama y mañana mi escribiente se encargará de contestar *satisfactoriamente* á todas ellas.

Y esta de luto es de Carlos, de mi querido amigo Carlos: hay que verla porque seguramente no pide billetes. Con su reciente desgracia... y además tiene su abono. Leamos:

«Mi querido amigo: El dador será Juan; ya le conoces, mi antiguo cochero Juan, que está ahora de criado de un revendedor. Proporciónale un par de docenas de tendidos de sombra para que el pobrecillo se gane unos cuartos.»

¡Hombre! ¡Esto es inaudito!

¡Carlos! El que tanto vociferó el año pasado en el Casino y en todas partes contra los revendedores! El inspirador de aquel furibundo artículo que publicó la prensa entera contra la Diputación por haber permitido que se revendieran los billetes!

Guardo esta carta para restregársela por las narices y... me voy á la cama con el corazón oprimido por el pesar de... tener tan *buenos* amigos.

II.

—No tiene V. razón, D. Benito. Si las niñas no han ido á los toros, suya ha sido la culpa, por no haber avisado antes.

—¡Eso se adivina, hombre, que habían de querer ir! ¡Pues no faltaba más! ¡Buena está mi mujer! Esta mañana le decía al portero de la casa que si para eso habíamos votado á V. él y yo.

—Pues contéstela de mi parte, que para eso no; que para lo otro.

—¿Y qué es lo otro?

—La administración de los intereses de la provincia.

—¡Bah! ¡Bah! Déjeme V. á mí de tonterías. Lo que nosotros queremos son esos favorcillos. Lo demás nos tiene sin cuidado.

—Lo creo.

*
**

—A los piés de V., Lola.

—Paco está furioso con V.

—¿Pues en qué le he ofendido?

—Dice que le ha mandado V. un centro de grada en vez de la delantera de andanada que le pidió.

—¡Pero si no tenía otra cosa!

—Vino á casa echando chispas, y contándome que había estado toda la tarde entre dos señoras muy gordas.

—Entonces es natural que echase chispas. Pues hija, yo lo siento, pero no he podido remediarlo, ni estaba en mi mano prohibir á las gordas ni á las flacas ocupar los asientos contiguos al de su marido de V.

—¡Vamos! ¡Vamos! Que cuando VV. quieren, bien hacen las cosas. Me ha contado Paco que en primera fila estaban las de Sánchez... De seguro que fué V. quien las colocó.

—No señora: sería el acomodador.

—¿Qué guason está el tiempo!

—Tal cual. ¿Y V. no quiso ir, eh?

—No: yo detesto esa fiesta brutal. Estuvo en casa Ernesto y pasamos la tarde muy amigablemente jugando al asalto.

—¿Ganaría él?

—Los dos.

*
**

—Chico, os habéis lucido!

—¿Por qué?

—Porque la corrida no ha sido gran cosa.

—Pues los aficionados han quedado satisfechos.

—Los aficionados á novillos, no digo que no. ¿Te parece buena una corrida en que sólo han muerto 43 caballos?

—¡Hombre! ¿Tienes algún resentimiento con Colita? ¿O te has dedicado á Choricero?

—Y luego ese ganado apenas había comido cinco yerbas.

—¡Algo más sería, porque esa cantidad se la come un conejo!

*
**

—Señorito, estas cartas del correo.

—¿Más todavía? Pues ya se ha terminado la corrida.

¿Se hallará próximo algún festejo? Repasemos la memoria.

Nada... Nada... No encuentro motivo para alarmarme. Veamos lo que dicen.

Quejas de unos y de otros... Insultos embozados... Amenazas sin embozar... ¡Buena! ¡Buena! Quedo enterado.

Entre ellos reparo en una de María... De aquella María que aún no he averiguado quién es.

El mismo sobre coquetón, igual perfume delicioso... En la parte superior de la primera cuartilla el mismo membrete litográfico *lunes*.

¡Pues señor! ¡Esta mujer no vive más que en ese día de la semana!...

Como no fué á su casa, será también una repulsa, pero una repulsa cariñosa, porque su estilo es dulce y sus enfados deben serlo también.

¡Pero cómo diantre había de ir si no me decía las señas! Veamos.

«Muy señor mío: Su poca galantería de V. me ha dejado en ridículo. Ofrecí á mi amiga Julia ir con ella á la corrida de beneficencia y le aseguré que tendríamos billetes. Ha sido V. el perro del hortelano, porque si al menos me hubiera negado ese favor, yo, que conozco á casi todos sus compañeros, me hubiese valido de alguno de ellos. Pero no es esto lo grave. Mi marido sorprendió el borrador de la carta, y después de darme un soberano disgusto y ponerse hecho una fiera, me asegura que va á romper á V. el bautismo. De V. atenta S. S. Q. B. S. M.,

MARÍA DE LA PAZ GIL DE CORRAL.

¡Canastos! ¡La mujer de Luis Corral, mi buen amigo! ¡Vaya una contrariedad!

—Señorito,

—¿Qué demonios quieres?

—El señor de Corral.

—¡Dame el revólver!

*
**

—¡Chico! ¿Todavía en la cama? ¡Si son las doce!
 —¿Eh? ¿Qué quieres? ¿Qué dices?
 —¡Que son las doce, hombre!
 A una fuerte sacudida que me dió volví á la vida real y me hallé frente á frente de mi cariñoso amigo Luis, que se reía de mi actitud sobresaltada.
 —¿Qué tienes? ¡Caramba!
 —Era presa de una terrible pesadilla. ¡Dios te pague el bien que me has hecho! Soñaba que aún era diputado y ni en sueños se puede ejercer ese cargo en vísperas de la corrida de beneficencia.

25 abril de 1883.

MARIANO GUILLÉN.

EPIGRAMAS

<p>I. Floro casó en Valdemoro, y siempre que bebe Floro observa con extrañeza que sólo el vino de Toro se le sube á la cabeza.</p>	<p>II. Yo no sé lo sucedido, mas pienso que por rencillas dijo á Juana su marido: —Lo que has hecho, me ha escocido más que un par de banderillas.</p>
--	--

TOMÁS AGÜERO.

EL PRO Y EL CONTRA

I.
La ví una noche en Lara, la seguí;
á la noche siguiente la encontré...
y.....
(Escriba en esos puntos el lector
lo que pasó después.)

II.
La ví, la hablé... Subimos á su casa;
abrieron, me colé en la habitación,
y.....
(Que suplan los puntos los trancazos
que el marido me dió.)

JUSTINO VELASCO.

ANTE LA CÁRCEL-MODELO

<p>¡Cuántos en esta mansión modelo de cárcel dura, encontrarán sepultura por calumniosa pasión! ¡Cuántos habrá en reclusión</p>	<p>por su proceder inundo y cuántos su mal profundo del crimen á la evidencia, pagarán en su conciencia, mas no en la cárcel del mundo!</p>
---	---

R. QUINTERO.

CHISMES Y CUENTOS

Srta. D.^a Dolores Abril: Cilla está horriblemente deses-
perado. ¡El infeliz había agotado la paciencia sombreando
esa preciosa cara que Dios ha dado á V., y á la postre se
ha echado á perder el retrato en la litografía. ¡Ha salido
V. medianamente, verdad?

Bueno, pero conste que es V. muy bonita.
Para su satisfacción y efectos consiguientes.

Llegaron las Pascuas de Navidad, y, según costumbre,
hubo sorteo en los regimientos, para mandar á su casa
algunos números.

Cada agraciado podía disfrutar de una licencia de veinte
días.

Uno de aquéllos (de los agraciados) hubo de pasar por
Sevilla al encaminarse á su lugar, y entráronle ganas de
subir á la Giralda.

Según la historia, por aquel entonces la mujer del cam-
panero se encontraba en meses mayores, y...

—Dígame V., ¿se puede subir allí arriba?

—Sí, señor.

—¿Hay que dar algo?

—Un real.

—Vamos andando.

Á mitad del camino, al buen hombre le parecía la bro-
ma pesada, y gritó volviéndose á la mujer:

—Oigasté, yo estoy reventao... ¿Falta toavía mucho
pa salir del paso?

—Diré á V., según mi cuenta, faltarán unos tres meses.

—¡Tres meses! Devuélvame Vd. mi real. Yo no puedo
seguir adelante. ¡Traigo licencia por veinte días!



¿Se acuerdan VV. de lo que les dije al hablar de *Mi li-
bro de memorias*, de Jackson Veyán?

Pues ha salido cierto.

La edición se ha agotado completamente en un mes y
se está haciendo á toda prisa la segunda.

¡Y se hará la terceral

Esto es para que vea la gente que aquí no damos bom-
bos sin sobrado motivo.



—Militar, ¿con qué quiere V. el huevo frito? ¿Con man-
teca, con aceite?...

—Con otro, yo no soy exigente, patrona.



En el número anterior se deslizó una errata que convie-
ne poner en limpio.

En la composición de nuestro querido amigo Ricardo de
la Vega *Cuestión de faldas*, si VV. se fijan, y aunque us-
tedes no se fijan, hay un verso que á la letra dice así:

«amigos, yo quisiera»

Y debe decir, también á la letra:

«amigos, yo bien quisiera»

Cada cosa en su punto y los nabos, etc.



Fuese á confesar un mozo de mulas, y después de hin-
carse de rodillas se quedó mirando al padre sin decir pala-
bra, hasta que éste, viendo que no se persignaba ni daba
indicios de rezar, le dijo:

—Vamos, hombre; ahora ¿qué se hace?

—Ahora, padre, se está haciendo la sementera.



A bordo de un barco con rumbo á la Habana.

—Compañero, ¿V. de qué va contratado?

—¿Yo? De tenor.

—¡Imposible! El tenor soy yo.

Y yo también, caballero.

—Señores, dispensen VV. ambos, pero el que tiene con-
trata de tenor es un servidor de VV.

—¡Hombre, por Dios, tres tenores!

(El empresario, entrando.)

—Sí, señores, tres, y los tres primeros; porque todos
los años se mueren dos, y no es cosa de que se desbarate
la compañía.



—Supongamos, coronel, que V. marcha al frente de su
regimiento y es atacado por un enemigo que lleva fuerzas
dobles; ¿que haría V. para igualarle en fuerza?

—Arengaría á mis soldados...

—Eso no es bastante.

—Les diría que era preciso morir por la patria, que el
honor de la bandera exigía verter por ella hasta la última
gota de sangre, les haría cargar á la bayoneta.

—¡Música celestial! Con eso no adelantaría V. gran
cosa.

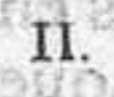
—Pues... no sé qué haría; mi General.

—Muy sencillo, hacer formar á sus soldados y *preve-
nirlos*. ¿No sabe V. que hombre prevenido vale por dos?

SOLUCIONES A LOS JEROGLÍFICOS DEL NÚMERO ANTERIOR.

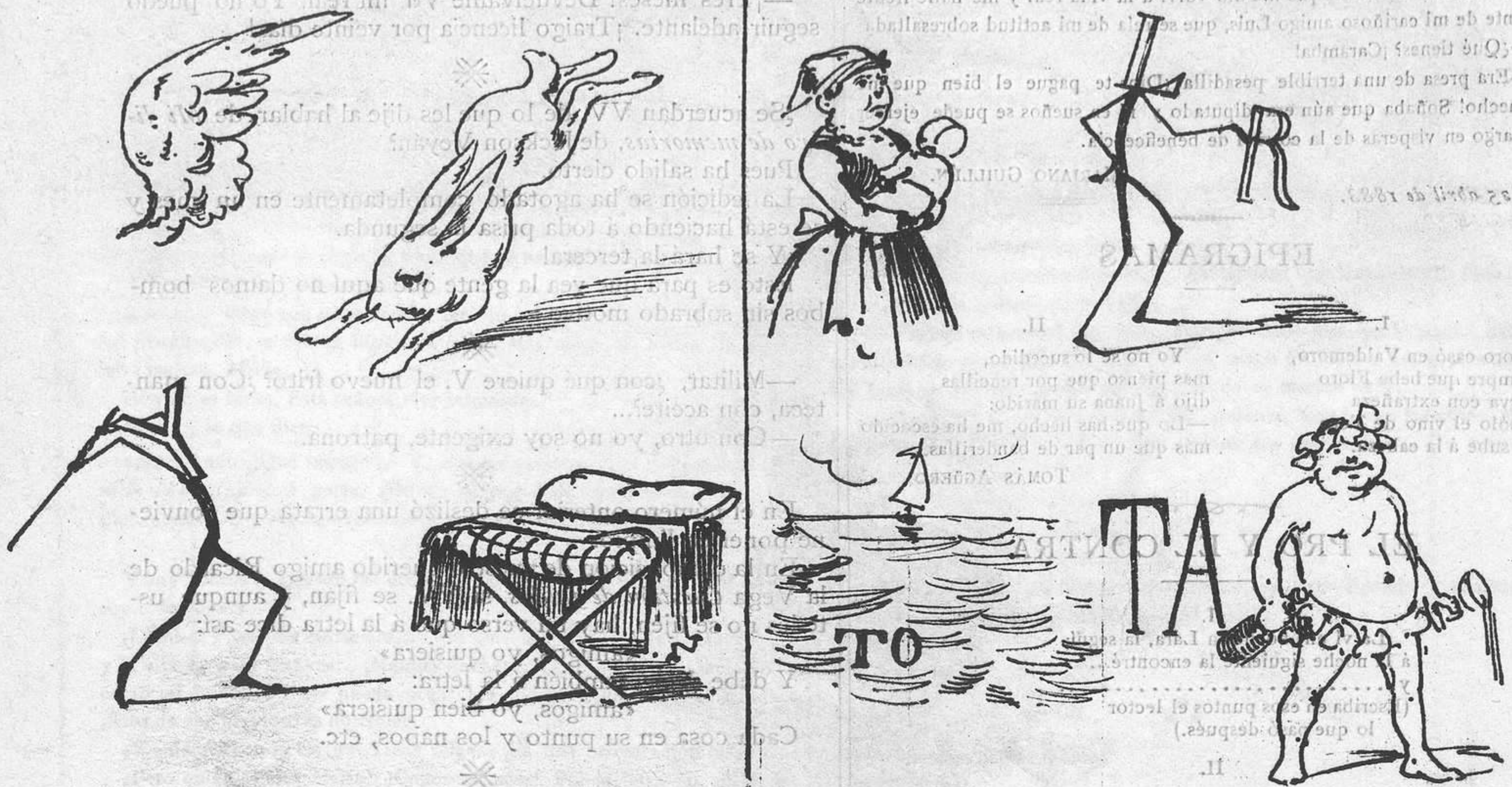


I.
Quien bien tiene y mal escoge, por mal que le venga no se enoje.



II.
Pescador que pesca un pez, pescador es.

S O I R E E



ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos

CONTIENE ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS MEJORES LITERATOS y viñetas y caricaturas debidas al lápiz de CILLA

Redacción y Administración: CERVANTES, 2, Segundo.—Madrid.

DESPACHO TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A DOS

Precios de suscripción

MADRID	Ptas. Cs.	PROVINCIAS	Ptas. Cs.
Trimestre.....	2,50	Semestre.....	4,50
Semestre.....	4,50	Año.....	8
Año.....	8	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	
		Año.....	15

PRECIOS DE VENTA

	Ptas. Cs.
Un número.....	15
Idem id. atrasado.....	50
Veinticinco números.....	2,50
Doce ídem.....	1,25

Las suscripciones empiezan el día 1.º de cada mes y en provincias no se admiten por menos de seis meses.

No se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo; en este último caso certificando la carta.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

COMPANIA COLONIAL

FUNDADORA EN ESPAÑA DE LA FABRICACION DE CHOCOLATES A VAPOR

Proveedora efectiva de la Real Casa

22 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

UNICA CASA EN SU RAMO

PREMIADA

EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARÍS

CON DOS MEDALLAS

CHOCOLATES
GRAN MEDALLA DE ORO
SOPAS COLONIALES

MEDALLA DE BRONCE

ACREDITADOS CAFÉS

LOS ÚNICOS PREMIADOS

EN LAS GRANDES EXPOSICIONES DE VIENA Y FILADELFIA

GRAN SURTIDO DE TÉS SELECTOS

PASTILLAS NAPOLITANAS Y BOMBONES DE CHOCOLATE
DULCES Y CAJAS FINAS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8

MADRID

BIBLIOTECA DE ARTE Y LETRAS

Esta Biblioteca, que ha dado á luz en magníficos tomos lujosamente encuadernados las obras de los mejores autores antiguos y modernos, nacionales y extranjeros, reparte mensualmente un tomo, un fotograbado copia de un cuadro de mérito y un número del periódico *Arte y Letras*, redactado por nuestros más distinguidos escritores.

Precio de suscripción: Un mes, cuatro pesetas.
Agotadas la mayor parte de las obras, se ha hecho segunda edición, pudiéndose servir á los suscritores todo lo publicado.

Para suscripciones y reclamaciones
Miguel Sabaté.—Mayor, 15, 3.º